

LOS TRAVESTIS SALEN DE LA CLANDESTINIDAD

COMO la más infamante de las acusaciones, los policías que presuntamente agredieron al diputado santanderino Jaime Blanco le gritaban mientras lo llevaban al cuartelillo: "Abogado de los maricas". Sin entrar en el examen de por qué este país sigue considerando altamente infamante todo lo relacionado con las desviaciones sexuales, el episodio que recordamos viene a resaltar cómo para las Fuerzas públicas del Orden no existe más normalidad que el nacional-machismo, y que defender los derechos de los homosexuales es apartarse de los dogmas del comportamiento.

De la noche a la mañana, este país se ha dado cuenta que dentro de su sociedad vivían unas minorías marginadas que oficialmente no existían anteriormente: homosexuales, presos comunes, mujeres separadas, sacerdotes secularizados... Quitando el caso de los presos comunes y las reivindicaciones de la COPEL, las otras podríamos calificarlas de **minorías sexuales**, ya que a los ojos del pueblo llano la secularización del sacerdote siempre tiene unas causas de observancia del celibato:

—La carne, mire usted, que es débil, y estos hombres, que los metieron desde chiquititos en el seminario, cuando han salido a la calle...

De imitadores de estrellas, a "gays"

El hecho que se empiece a hablar de los problemas de estas minorías no significa que estén ya resueltos. En los últimos años de la dictadura se habló y escribió bastante del pueblo gitano como minoría oprimida dentro de nuestra sociedad y, que yo sepa, sus condiciones de vida en nada han mejorado, a pesar de que el gitano señorito Juan de Dios Ramírez Heredia —que en un momento nos pareció como el César Chaves de estos españoles de piel oscura— está muy ricamente sentado en su escaño uce-

disto de las Cortes con un clavel grana sangrando en la boca. La palabra, hoy por hoy, no tiene por sí sola en los medios de comunicación poderes de terapéutica social y, de las minorías sexuales que hablamos, hay un grupo, dentro de los homosexuales, que no sólo continúa padeciendo la represión franquista, sino que en la ola de libertades públicas ha sido presa fácil de una manipulación consumista en el mundo del cine y del espectáculo. Son los viejísimos **imitadores de estrellas**, ahora, dicho a la europea, **travestis**.

Había que empezar diferenciando a los **travestis** dentro de la minoría homosexual. Quizá dentro de esta minoría vienen a desempeñar el papel de un lumpen, ya que viven exclusivamente de su condición de transexuados, y que de ella hacen profesión y oficio, en unas cotas que difícilmente pueden diferenciarse de la prostitución femenina. No son los **travestis** solidarios con las reivindicaciones formales de los homosexuales, con las manifestaciones de **gays**. Ellos van de **cabras**, de **cabecitas locas**, de **piompa total**, que diría un clásico del rollo.

Para la vida de un **travesti**, salvo un mayor número de ofertas de trabajo y quizá unas mejores condiciones contractuales, en poco o nada ha cambiado su comportamiento tras la adopción en el país de unas ciertas libertades formales. Porque el **travestismo** tiene unas viejas raíces en el mundo español del espectáculo; sólo que el general cortó de raíz estas manifestaciones. Acabada la rabia, el fenómeno ha vuelto a aparecer en toda su grandeza subterránea. No es que se haya inventado nada. Es que ha salido a la luz pública cuanto había. En los más duros años de la dictadura, cuando no solamente se perseguía con la Ley de Vagos y Maleantes a los imitadores de estrellas, sino que los eminentísimos señores cardenales-arzobispos dictaban penas de excomunión contra los espectáculos dichos revisteriles de las estrellas imitadas, por las ciuda-

des y pueblos de Andalucía, Extremadura, Canarias, había hombres de dudoso sexo que secretamente imitaban las canciones y los contoneos de doña Concha Piquer, de Carmen Miranda, de Mari Paz. Porque esta actividad indudablemente artística se ha dado con mayor proliferación en nuestras regiones más subdesarrolladas. Había grandes es-

el sexo cientos de imitadores que tenían que sufrir la triple explotación de trabajadores, habitantes de una región subdesarrollada y homosexuales.

Cantar por doña Concha

En estas claves sociales y culturales quizá tengamos que entender el temprano éxito que entre la pompa de la dictadura tuvo el repertorio de doña Concha Piquer. Escritas fundamentalmente por Rafael de León y Antonio Quintero, aquellas coplas eran dardos equívocos que los imitadores de estrellas lanzaban contra la sociedad, en una táctica defensa de sus derechos. Se identificaban con la otra, que a nada —como ellos— tenía derecho, con las reinas muertas, con

ANTONIO BURGOS



El travestismo está de moda y sus productos subculturales son comercializados sin miramientos. (En todas las fotos, el actor travesti Paco España.)

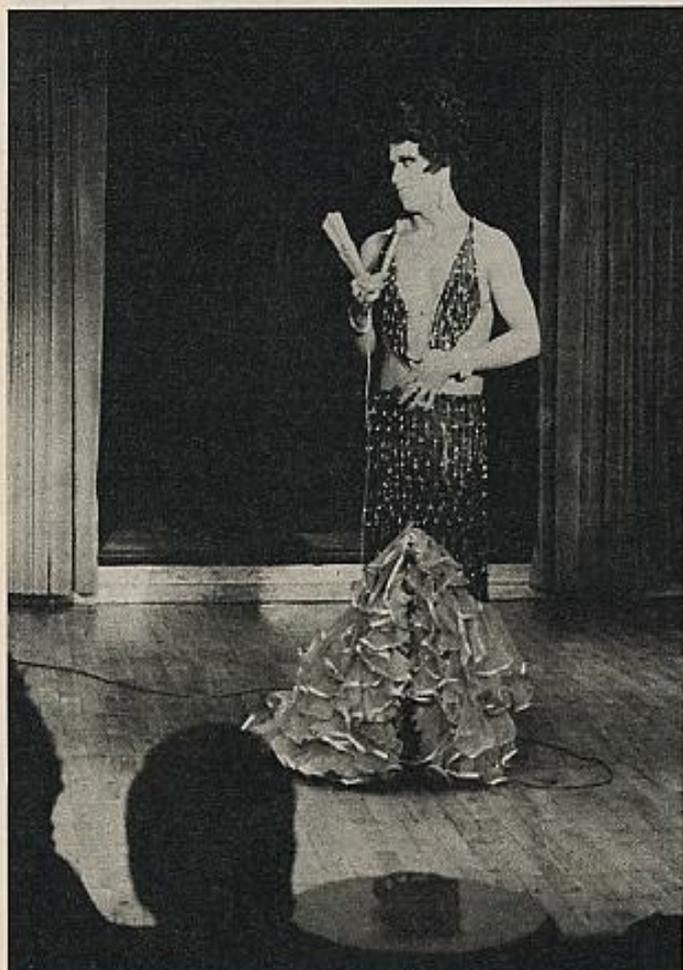
travestis que florecían en el oasis de mayor permisividad que durante toda la dictadura representó en todos los aspectos —y también para el travestismo— Barcelona. Pero, fundamentalmente, ese mundillo barcelonés era alimentado por imitadores del Sur. Eran los que llegaban, los que triunfaban, los que habían pasado el duro rubicón del peligro de la detención y la ley. Por cada imitador que llegaba a los cabarets barceloneses, en Extremadura y Andalucía quedaban llorando la represión sobre

la tanguista buscando a su marinero sobre el manchado mostrador. Era la estética meridional y loca de los imitadores de García Lorca, en cuya obra todos los mariquitas del Sur seguían gritando por las azoteas.

Como otros muchos aspectos de la sociedad señorial del Sur en la que estaban insertos, casi juglarescamente o como bufones de corte, los **travestis** no tenían más oportunidad de realización que ofrecer su arte a quienes estaban en la cúspide social. Si los maricones imitaban estrellas en



En esta hora de la moda del travestismo, se corre el riesgo de pensar en estos hombres como españoles felices, cuando en la mayoría de los casos no son sino el lumpen de la minoría homosexual.



una taberna de barrio, llegaba la Policía y se los llevaba, y después un juez inflexible los confinaba en un campo de rehabilitación del Norte. Pero si acudían a actuar a las fiestas de los señores, podían sacar el abanico de la Lola, y los sombreros de la Carmen Miranda, y el rizo de Estrellita Castro. Ahora, cuando veo la comercialización de Paco España y de Pavloski, e incluso de mis paisanos la Esmeralda y la Soraya, pienso en aquellos hombres que a su manera fueron también víctimas de la dictadura y que murieron sin poder alcanzar el esplendor de su más secreta pasión y arte.

Los enriquecidos por el estraperlo, en las fiestas de la madrugada y el entonces rarísimo whisky, decían:

—Ya está bien de mujeres, ahora búscate unos maricas que nos canten por la Piquer...

—Pero si eso está muy perseguido, don José...

—Tú, toma, y verás cómo los encuentras, aunque sea en la cárcel...

Y un billete lo arreglaba todo, y llegaban ellas con el manchado mostrador y el Portugal por qué te quiero tanto... Tal como ahora llegan a los cabarets especializados en el género gay o a las películas morbosas. De la clandestinidad y la opresión de las persecuciones, los imitadores han pasado directamente a la manipulación del consumismo. El travestismo está de moda y sus productos subculturales son comercializados sin miramientos, tal como son vendidos en circuitos industriales los "posters" del Che o los discos con las canciones de la resistencia española. Para muchos, es un mundo nuevo. Para otros, simplemente un mundo recuperado. Un aspecto más de la vida española que nos había sido prohibido y que no por eso había dejado de existir. En esta hora de la moda del travestismo, se corre el riesgo de pensar en estos hombres como españoles felices, cuando en la mayoría de los casos no son sino el lumpen de la minoría homosexual. ■ A. B.